

# Una cita en la antesala de la muerte

*Tania Vanessa Duque Ángel*

Lunes 20 de septiembre de 2010, 3:50 a.m. Suena el despertador. No es una tortuosa madrugada porque sé a dónde voy. Me recogen a las 4:40 a.m. y sé que demoro una hora en alistarme; esta vez no puedo hacer esperar pues mi amigo viene acompañado por el novio de su hermana, un médico bastante conocido, sobre todo por su puntualidad y conciencia social.

4:40 a.m. Un vehículo llega al edificio donde vivo. Es azul oscuro, lindo por fuera y sofisticado por dentro. Adentro va mi amigo con su uniforme azul y el famoso médico con su bata. En el vehículo me siento algo intimidada; mi amigo saluda como siempre y el médico habla en forma seria, pocas palabras. Prefiero quedarme callada hasta que se rompa el hielo. Vamos en camino a recoger a otra amiga. Mientras los dos conversan sobre temas diversos, trato de imaginarme qué haremos en el hospital.

4:55 a.m. Llegamos a la casa de nuestra amiga. Llega con los zapatos en la mano, saluda con voz alegre y yo me siento con ganas de hablar durante el trayecto hasta el hospital.

5:15 a.m. Ahí está, el Hospital Universitario del Valle. Siempre me pregunté cómo era y qué personas iban pues he escuchado que llegan casos impresionantes, verdaderamente difíciles de creer. Es la segunda vez que vengo. La primera vez solo vi un pedacito de este gran hospital, un caso increíble y real: Un hombre impactado por 10 balas, 8 de ellas en la cara, que seguía vivo aunque tenía sus ojos explotados. Por eso me preguntaba ¿Qué veré hoy?

Nos bajamos del carro y mi amigo nos entregó las batas. Son las batas de su hermana que también es médica. Son las mismas para las dos. Cuando caminamos hacia la entrada del hospital, el médico comienza a hablarnos y nos advierte estar siempre con él. Nos dice "si yo doy cuatro pasos ustedes también, si yo doy tres pasos ustedes igual y si yo doy dos pasos y medio ustedes dos pasos y un cuarto". Sonríe y nosotros también.

5:20 a.m. Estamos a un minuto de entrar a urgencias. Muchos sentimientos me invaden. No sé qué situaciones afrontaré hoy. Siempre tuve concepciones míticas sobre el asunto, como por ejemplo, relaciones entre fantasmas y hospitales, entre ficción (películas y telenovelas) y realidad. Es el momento de romper estas barreras y dejar el miedo. Soy una médica en formación. Antes de entrar, el médico nos dice en tono serio y chistoso que si en algún momento nos vamos a desmayar, lo halamos de la bata y seguro nos ayudará.

Ya pasó un minuto. Aquí estamos, frente a más de diez personas de diferentes edades que sufren por problemas similares. Me pregunto ¿Es posible entrar a esta sala y no sentir nada? El médico nos invita a paramos junto a él y al lado de estudiantes y residentes. Uno de ellos empieza a contar detalles sobre la historia clínica de un paciente impactado por arma de fuego. Dice que la mayoría de balas están en su espalda. Ahí está el hombre acostado en la camilla con dos tubos, uno de ellos saca la sangre que puede causar obstrucción si se deja adentro.

Entre las voces de los diferentes médicos y estudiantes escucho sus quejidos. Puedo notar que le duele, aunque no sé hasta dónde llega su sufrimiento. Por algún motivo irracional y estúpido, fue agredido. Aquí me encuentro parada, observando este ser humano en su desesperación, sin poder hacer nada. Pienso en que para esto me preparo, para ayudar a las personas en su dolor, una razón que me motiva a esforzarme cada vez más en mi Carrera de Medicina.

5:26 a.m. Seguimos con el mismo paciente pues requiere cuidados especiales, más una cantidad de exámenes médicos para indagar a fondo su situación. De pronto ya no puedo ver bien. Empiezo a marearme. Siento que no puedo mantenerme de pie aunque mi mente me obliga a no rendirme frente a la situación. Lo único que veo es una sombra de hormigas de luz. Mi foco o campo de observación cada vez se achiquita más. Entonces decido sentarme para mejorar y continuar el recorrido.

5:30 a.m. Pensé que el mareo se iría rápido, pero sigo sentada, con inmensas ganas de escuchar. Intento pararme, sin embargo vuelve el mareo. Desde mi asiento escucho sobre cada situación. Pasan tres minutos y ya son cinco casos, todos con impacto por arma de fuego. Trato de seguir concentrada en las voces de los médicos mientras hago un conteo hipotético: Trece de diez y seis personas, fueron baleadas en Cali, en horas de la madrugada.

Pasan 3 minutos más. Los médicos se detienen en otro caso. No se trata de un adulto sino de un niño de 16 años, herido en un tiroteo. No espero más, me paro y me acerco. Dicen que el niño fue utilizado como escudo por un hombre que finalmente murió. Increíble, el niño sobrevivió y el que lo cogió de escudo no. Sin embargo eso no es lo que importa. Me pregunto cómo una persona va a coger a un niño de escudo. Pienso en cómo quedará el niño después de pasar por esta situación. ¿Qué tan graves serán las secuelas? Vuelvo a sentarme. No logro controlar lo que siento, es una reacción inconsciente que me pone fría y pálida. Cuando la enfermera me ve así, me invita a tomar un asiento donde puedo reclinarme mejor.

Al cabo de 6 minutos, la ronda de urgencias termina. El médico me llama y nos dirigimos a un auditorio con los residentes y mis dos amigos. Apenas salimos, mi mareo se va. Al llegar, el médico pone las radiografías de los casos que acabamos de ver en la base luminosa de una estructura para visualizarlas bien y empieza a preguntar qué tiene cada paciente.

Entre varias respuestas consigo retener algunas, las suficientes para comprender el grave estado de uno de los pacientes. El auditorio permanece en silencio, el médico hace cara de decepción y preocupación, trato de descifrar qué sucede pero no logro entender. Finalmente, el médico se dirige a todos y nos explica que esta es nuestra realidad caleña. Este cuadro dantesco se repite día a día pero con más intensidad los fines de semana. Es el producto de la violencia. Lo más triste es lo poco que la sociedad se preocupa por el problema. Es tanta la indiferencia que muchos creen que estos casos se exponen para manchar el nombre de la ciudad y que no suceden en verdad. Qué paradójico, es increíble que se piense de tal manera. No me opongo a que una persona piense eso pues respeto opiniones, pero aquí se trata de hechos.

El médico camina de un lado a otro. Intervienen los estudiantes, se equivocan, aciertan y discuten; mientras tanto, mis amigos y yo nos miramos con cara de confusión porque vamos apenas en primer semestre. No entendemos mucho el vocabulario que emplean. Además no estoy

concentrada, siento que sigo en la sala de urgencias, que continúo sumergida en la dura verdad que por tanto tiempo estuvo oculta. Mi estómago da vueltas tanto como las recientes imágenes en mi cabeza. Me quedo preferiblemente callada y sigo escuchando.

Ha pasado una hora y el médico nos llama. Mientras caminamos continúa su discurso sobre los hechos sorprendentes que nadie cree y no paro de sorprenderme. Por un momento me distraigo al pensar en lo que disfrutamos mientras otras personas luchan por sus vidas ¿Quién diseñó el revólver para que el hombre matara a su voluntad? Tristemente, nosotros.

Llegamos a un pequeño auditorio, tomamos asiento y ahora veo más residentes con uniformes blancos. Hacemos silencio por petición del médico pues al parecer unos estudiantes deben exponer sobre algunos temas. Trato de concentrarme más. Quiero aprender mucho cada vez que venga, como por ejemplo, entender que en una radiografía el diafragma derecho debe verse más alto que el diafragma izquierdo o que cuando una persona recibe una puñalada por la espalda y presenta el estómago dudoso después de los masajes de prueba, debe ser inmediatamente operada sin ningún pero.

Una mujer delgada empieza a hablar sobre la efectividad de algún medicamento o procedimiento en la entubación de un paciente. Escucho las palabras “retrospectivo”, “muestra” entre otras, y pienso en mis clases de Introducción a la Investigación. Por fin logro salir de mis recuerdos, y comprendo que lo que estamos aprendiendo en estas clases es más útil de lo que pensaba. Así pasan los minutos, escuchando y viendo, hasta que al cabo de otra hora las exposiciones terminan.

7:40 a.m. Se acerca la hora de nuestra partida. Llegan otros dos médicos jóvenes, muy amables. Con ellos nos dirigimos a la cafetería del hospital. Nos sentamos y comenzamos a hablar. El médico Jefe nos ofrece un refrigerio, pero me siento extraña. Aún no asimilo la causa de mi mareo.

Creía que esta condición no me hacía apta para ser médica. Pensé dejar esa idea para mí, aunque de inmediato le dije al respetable médico, lo siento, no quiero tomar nada porque aún tengo mareo por haber visto los casos de urgencias... Aunque yo quiero ser médica.

Al escuchar, pone su mano en mi hombro, y me dice: “Yo también estudié 6 años medicina, estuve otro año como residente, otros más en la especialización, unos cuantos en cirugías y aquí sigo. ¿Crees que no me sigo mareando? ¿Crees que cuando estoy en una sala de cirugía haciendo mi trabajo no veo cosas que me hacen marear? Conocí a un estudiante que en su primera visita al anfiteatro se desmayó y siguió mareándose en muchas ocasiones. Ahora es uno de los mejores cirujanos del país. Marearse es señal de sensibilidad, significa que tu cuerpo está respondiendo a lo que ve y que no es indiferente. Pienso que es mejor médico el que se mareo que el que no se mareo”.

Apenas termina de hablar me da un abrazo fraterno que me transmite confianza, lo que causa que acepte el refrigerio. Qué gracioso, cuando me subí a su vehículo en la madrugada, me encontraba con un médico bastante serio, que me intimidó. Horas más tarde, es la persona que me transmite confianza.

8:10 a.m. Comimos rápidamente y luego nos dirigimos al parqueadero. Nos van a llevar a la universidad, pero antes recogeremos nuestras cosas en el carro del médico y dejaremos las batas. Por momentos se rieron de nosotras porque nuestras batas tenían el mismo nombre y además, la misma especialización "Cardiología". Nos despedimos, damos las gracias y el médico nos invita a volver. Creo que no puedo sentirme más feliz. Fue una experiencia que me llenó de muchas maneras y sobre todo, me enseñó cosas nuevas.

8:43 a.m. Vamos llegando a la universidad. Nos despedimos de los jóvenes que nos trajeron, también médicos. Cuando nos bajamos del vehículo, mis dos compañeros y yo empezamos a hablar de la experiencia vivida, sorprendidos por lo ocurrido. Ya en la universidad, el día transcurre normalmente aunque no mi manera de ver la realidad.

Creemos saber qué pasa en Cali mientras estamos tranquilos en un restaurante cenando o quizás en nuestra casa viendo una película ¿Realmente sabemos? No lo creo. Por supuesto ahí están los medios llenándonos de noticias editadas y seleccionadas. Eso no basta para descubrir la realidad que nos ocultan día a día, manteniéndonos en estado de shock. Quizás nos brindan el entretenimiento que nos gusta para esconder lo que pasa en las calles, en las noches, durante los fines de semana, por ejemplo.

Son estas las razones por las cuales seguimos así. Ignoramos aquello que también hace parte de nosotros, dejamos que la sociedad se siga contagiando con la enfermedad letal de la violencia y la corrupción, si, aquella que mata el avance de una sociedad íntegra, solidaria y equitativa.

Dejamos que la sociedad se fragmente en estratos y los más bajos dejan de importarnos. Qué sorprendente, siendo todos humanos, de la misma especie y hasta de la misma familia, país o ciudad.

El admirable médico me mostró que no debemos callar, que tenemos que luchar contra el silenciador corrupto para que las personas entiendan lo que pasa en la ciudad. Y conozcan las situaciones que los médicos de hospitales como el universitario deben afrontar: Hombres con cuchillos enterrados, personas quemadas, electrocutadas o heridas con armas de fuego, casos que no creeríamos, ni aún el mismo lector al revisar esta historia.

Me pregunto por qué los puestos públicos se ocupan con personas que no aportan mucho a la sociedad en vez de ser llenados por gente con verdadera conciencia social, con corazón de verdad y sentido sincero de humanidad. ¿Por qué aquellos que van a ocupar cargos públicos no son formados en estas lides? ¿Por qué los gobiernos no ubican dentro de las prioridades nacionales, suprimir o al menos disminuir la cultura de la violencia? ¿Por qué los recursos estatales para la salud escasean mientras florece la corrupción? ¿Por qué no hay políticas claras para la prevención de la violencia?